

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

REVISTA NACIONAL

LITERATURA - ARTE - CIENCIA

DIRECTOR HONORARIO:
RAUL MONTERO BUSTAMANTE

TOMO XII
OCTUBRE A DICIEMBRE DE 1940

MONTEVIDEO — URUGUAY
1940

INDICE DEL TOMO XII

Nº 34 — OCTUBRE — 1940

	Págs.
VICTOR PEREZ PETIT. — Una oración de Cicerón	5
EDMUNDO BIANCHI. — Antología de Poetas franceses contemporáneos...	44
RAFAEL A. PALOMEQUE. — Ejecutoria de un vínculo	54
JUAN N. QUAGLIOTTI. — San Francisco de Asís	64
JOSEFINA L. A. DE BLIXEN. — Del paralelismo entre obras y vidas....	76
OCTAVIO MORATO. — Disertación sobre finanzas	83
MIGUEL VICTOR MARTINEZ. — El 25 de Agosto en las quintas y en la ciudad	96
JUAN CARLOS GOMEZ HAEDO. — Hombres y Letras	105
SARAH BOLLO. — La poesía de Juana de Ibarbourou	111
GUILLERMO STEWART VARGAS. — Democracia, totalitarismo y libera- lismo	119

PAGINAS DESCONOCIDAS

SANTIAGO ESTRAZULAS Y LAMAS. — Don Dámaso Antonio Larrañaga. 137

SECCIONES PERMANENTES

(Varios)

REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — El Presidente de la República expone sus conceptos de Gobierno. — Colombia y el día de la Raza en Mon- tevideo	146
REVISTA LITERARIA. — La Exposición del Libro Inglés — Discurso del Sr. Ministro de la Gran Bretaña, don Eugenio Millington Drake. — Men- saje del Ministro del Uruguay en Londres, Dr. Daniel Castellanos	155

	Págs.
JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN. — Los deberes de la victoria	161
JUANA DE IBARBOUROU. — I. — Relato del beso de San Francisco al leproso. II. — Romance íntimo a María Jesús de Córdoba	172
JOAQUIN TORRES GARCIA. — La pintura contemporánea a partir de Cézanne	177
JUAN ANTONIO ZUBILLAGA. — Luces en la noche	194
JOSE SALGADO. — Larrañaga	202
JACQUES DUPREY. — El fin de los últimos guerreros charrúas que esca- paron a la matanza de Salsipuedes	216
S. CABRERA MARTINEZ. — La voluntad puesta en acción	223
JAVIER GOMENSORO. — El Centenario de la Independencia	233
CARLOS M. PENADES. — Sobre propiedad literaria	237
SEGUNDO BARREIRO. — Motivos carcelarios	249
JOSE MORA GUARNIDO. — Paisaje y temas de una cinematografía uruguaya.	254

PAGINAS DESCONOCIDAS

MELCHOR PACHECO Y OBES. — Una fiesta guaraní	264
--	-----

SECCIONES PERMANENTES

(Varios)

REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — La palabra del Presidente de la Repú- blica. — El Presidente de la República y el Presidente de Estados Unidos — El Ministerio de Instrucción Pública. — El Imperio Británico	275
REVISTA LITERARIA. — El Dr. Pérez Petit recibe la medalla de oro. — Antología de Acuña de Figueroa. — Sobre «Hombres e Ideas». — Sobre la obra del Profesor Barttfeld	303
REVISTA ARTISTICA. — La Exposición de las obras de Juan Manuel Blanes.	314
REVISTA HISTORICA. — «La Marcha de Yatay». — No se ruegue por el rey Fernando	317
BIBLIOGRAFIA. — «Oro de Otoño» (Poesías), por Juan Burghi. — México e Perú, por Rodrigo Octavio. — La Noche y Yo (Poemas), por Gloria Vega Claro. — La Mujer Ante el Derecho, por Emilio Frugoni	319

JOSE IRURETA GOYENA. — Horacio Abadie Santos	321
LUIS RODRIGUEZ EMBIL. — El último poema de Lord Byron	326
CARLOS MARTINEZ VIGIL. — Dámaso Antonio Larrañaga	328
JORGE O'CONNOR d'ARLACH. — Evocación de Bolivia	338
LUIS P. BARATTINI. — La ex-colección Ernesto Laroche	344
ERNESTO PINTO. — Alucinación y drama de la pintura de Joaquín Torres García	352
CARLOS M. PENADES. — Sobre propiedad literaria. — Artistas Ejecutantes	373
GISELDA ZANI-ANTONIO PRADERIO. — Una biblioteca de cultura estética	384
HOMERO MARTINEZ MONTERO. — Antecedentes históricos referentes al Río de la Plata como órgano económico y comercial de la América Me- ridional	389
CARLOS M. PRINCIVALLE. — Purpúreo está el río como mar	406
PLACIDO ABAD. — Un Héroe de San Lorenzo	417
EMILIO TRIAS DU PRE. — Forastero	432
AMELIA OLIVERA GOMEZ. — Poemas	439
RAUL MONTERO BUSTAMANTE. — Las Paradojas de Juan Jacobo	443

PAGINAS OLVIDADAS

JULIO HERRERA Y OBES. — La pena de muerte	450
---	-----

SECCIONES PERMANENTES

REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — El Ministerio de Instrucción Pública. — Los acuerdos diplomáticos de San Juan. — La promoción de maes- tros normales	460
REVISTA LITERARIA. — Sugestiones, por Noel A. Mancebo. — Un libro de Ernesto Pinto	465
REVISTA ARTISTICA. — Sobre Juan Manuel Blanes. — Los funerales de Atahualpa. — Más sobre el teatro Solís	469
BIBLIOGRAFIA. — Antología y crítica de literatura uruguaya, por Nicolás Fusco Sansone. — Mauá y su época, por Lidia Besouchet. — La vida de batalla de Eduardo Acevedo Díaz, por Eduardo Acevedo Díaz (hijo). — Sugestiones del velón, por Alejandro Gallinal Heber. — El error del Pro- fesor Bodhel, por Raúl E. Baetghen	474
INDICE DEL TOMO XII	478

LAS PARADOJAS DE JUAN JACOBO

Las «memorias» o «confesiones» hay que manejarlas siempre con cautela. La verdad se halla en ellas, muy amenudo, mezclada a la ficción, y el lector está constantemente en peligro de ser sorprendido en una cosa de la otra, de tal manera están confundidas, y, fuerza es aceptar el testimonio del penitente, sobre todo, cuando han desaparecido ya los que fueron testigos de su vida o cuando han desaparecido aquellas cosas que, por realizarse en la intimidad de la conciencia, no admiten testigos. ¿Quién puede aceptar, sin cuidadoso examen, muchas de las páginas de las «Memorias de Ultratumba»? Así los sucesos que describe Chateaubriand, como los juicios que formula, hay que controlarlos severamente, pues mucho de ello fué escrito para ser leído en las teatrales veladas del salón de la *Abbaye-aux-Bois*, debajo del dosel erigido en honor del patriarca del romanticismo, y en presencia de los contertulios de Madame Récamier. ¿Acaso el admirable artista dijo siempre la verdad? ¿Es que René se vió siempre a sí mismo y vió a los demás como realmente eran? Las Memorias de Saint Simon han gozado fama de veraces; pero, ¿todo cuando dice el ilustre escritor será realmente la expresión de la verdad? ¿Es que aún el texto de aquéllas será, en todas sus partes, el que escribió el agudo pintor de la corte de Luis XIV? Preciso es no olvidar que las Memorias de Madame d'Epínay fueron pérfidamente aderezadas a su gusto por Grimm y d'Alembert sobre el original de la musa de *L'Hermitage*.

Al leer precisamente las «Confesiones» de Juan Jacobo, el amigo de Madame d'Epínay y el huésped de *L'Hermitage*, llama la atención aquella página en que el penitente declara que sus confidencias las escribe de memoria y ya viejo y que, cuando sus recuerdos aparecen imperfectos o imprecisos, llena las lagunas con detalles que él imagina en sustitución de aquellos recuerdos; que así le ocurre embellecer con ornamentos ilusorios muchos de los episodios de su vida, especialmente los que se refieren a los días en que le sonrió la dicha, y que escribe sobre las cosas olvidadas como le parece que ellas deben haber sido o como ellas, tal vez, fueron. La imaginación del penitente prestó así a la verdad, según confesión propia, «cencantos extraños», lo que quiere decir que esta verdad de Juan Jacobo es una verdad a medias, una verdad estilizada, y, en ocasiones, probablemente, no es una verdad.

Así se explican los errores, anacronismos, inexactitudes y contra-

dicciones con que se tropieza a cada paso en las «Confesiones», y ello lleva también a considerar con mayor desconfianza aquellas confidencias de orden psicológico que se refieren a la intimidad moral e intelectual del sujeto.

Por ejemplo, es difícil dar crédito a la repetida afirmación que hace Juan Jacobo de que constantemente luchó con grandes dificultades para concebir, organizar y coordinar las ideas, y, sobre todo, para expresarlas, ya fuera en forma oral o en forma gráfica.

Quién conozca menudamente el repertorio bibliográfico de Rousseau, y conozca además la vida accidentada y varia del escritor, no llegará a comprender cómo este hombre que, en un arrebato de soberbia lírica, exclamó: «yo dispongo como amo de la naturaleza entera», pudo experimentar dificultad, siquiera fuese transitoriamente, para pensar, escribir y hablar. Cuando se viaja espiritualmente a través del siglo XVIII no se tropieza con otra figura como no sea la del melancólico ginebrino, ni se oye otra voz como no sea la de él. Los hombres de aquel siglo la oyeron hasta ensordecen, y, hoy todavía, aunque apagada por los años y la distancia, se la suele escuchar si se afina el oído para percibir las voces del pasado.

Este es el hombre que se queja amargamente de la imperfección de su entendimiento y de los terribles esfuerzos que se veía obligado a hacer para pensar, escribir y hablar.

Las «Confesiones» no pueden ni deben ser utilizadas sin tener a la vista toda la obra del autor, y, especialmente, los preciosos diálogos que él tituló: «*Rousseau, juge de Jean Jacques*», en los cuales trazó de mano maestra, ya en el ocaso de la vida, la semblanza moral del hombre, del escritor y del filósofo. En estos diálogos el autor escribe también, menuda y extensamente, sobre su organización mental, e insiste sin cesar sobre ella, la cual, le hizo vivir constantemente, así lo dice, «pensando poco y soñando mucho».

No hay duda de que soñó mucho; Sainte Beuve, quién, aunque no lo reconozca, es su discípulo sentimental, dijo con razón, que fué él quien descubrió el ensueño, «ese nuevo encanto que se había abandonado como una singularidad a La Fontaine y que él introdujo decididamente en una literatura hasta allí galante y positiva». No hay más que penetrar las páginas de sus libros para sentirse poseído por el hechizo de esa vida artificial pero profundamente intensa que él fué capaz de crear alrededor de los seres y las cosas, y para sentirse también embriagado con ese filtro que él arrebató a la naturaleza para derramarlo sobre sus ficciones y fantasías. Juan Jacobo fué, además, un enfermo de la sensibilidad, verdadero hombre de decadencia en esto. Toda su obra está como saturada de esta mórbida sensibilidad dispuesta a exaltarse ante cualquier circunstancia. Hume, que fué su amigo y le conoció a fondo, resume su juicio sobre él con esta conclusión: «Solamente sintió durante toda su vida.» En este juicio sólo sobra una palabra: solamente. Pocos hombres han soñado y sen-

tido y han hecho soñar y sentir como él; pero este hombre, además de soñar y sentir, pensó, construyó sistemas y realizó una obra de innegable valor subjetivo y objetivo. Con ser, pues, excepcional su poder de ensueño, y serlo también su sensibilidad y su aptitud para sustraerse a la realidad ambiente y planear en el mundo de la fantasía, no se puede negar la fuerza excepcional de su pensamiento y la eficiencia de sus funciones de relación. Ya que no su admirable y la eficiente los «Diálogos», que revela en este hombre la existencia de un agudo sentido jurídico y de un poder dialéctico sin ejemplo, recientes descubrimientos demuestran que en este soñador había también un hombre práctico que nada tiene que ver con el legendario Saint Preux, y, en cambio, se aproxima mucho al tipo corriente en la moral burguesa de la época que, cuando peligraban las comodidades y los hábitos egoístas, encontraba arreglo fácil hasta en las situaciones que más comprometen la dignidad del hombre. ¡Cuánta tristeza y miseria hay en los papeles íntimos de Madame Warrens que hace poco fueron descubiertos y en los recuerdos que pueblan «Les Charmettes», ese templo de las románticas peregrinaciones a Chambéry!



Las páginas que Rousseau consagró a describir su pretendida dificultad para pensar, son, con todo, de honda introspección psicológica. Dice el penitente de las «Confesiones» que hay en él, junto a un temperamento ardiente y de pasiones vivas e impetuosas, un entendimiento perezoso y una gran lentitud en el nacimiento de las ideas, las cuales, jamás se le presentan claras y definidas desde el primer momento. «Se diría que mi corazón y mi entendimiento no pertenecen al mismo individuo», exclama. En suma, Rousseau afirma que hay en él un predominio absoluto de la sensibilidad sobre todas las funciones del entendimiento, y que este predominio es tan acentuado que llega a perjudicar seriamente el proceso de la ideación. «Yo siento todo y no veo nada. Me siento transportado; pero estúpido». «Lo sorprendente, agrega, es que tengo, sin embargo, tacto bastante seguro, penetración, aún fineza, siempre que se me dé tiempo para ello; hago excelentes «improntus», despacio; pero, en el instante, jamás he hecho ni dicho nada que valga la pena».

Nada más pintoresco que la figura de que se vale en las «Confesiones» para expresar la forma en que las ideas se concretaban y coordinaban en su entendimiento cuando se proponía escribir o hablar. Dice que ellas se organizan primero en su cabeza con increíble lentitud; circulan sordamente; fermentan hasta conmoerlo, darle fiebre y palpitaciones; y en medio de esta emoción no ve nada netamente, ni podría escribir una sola palabra; «es necesario esperar». Y

aquí viene la figura. «¿No habéis visto alguna vez la ópera en Italia? En los cambios de escena reina sobre esos grandes teatros un desorden desagradable que dura bastante tiempo; todas las decoraciones están mezcladas; se ve en todas partes una confusión que da pena; parece que todo se va a desplomar. Sin embargo, poco a poco, todo se arregla, nada falta, y nos sentimos sorprendidos al ver suceder a este largo tumulto un espectáculo maravilloso. Pues esta maniobra es, más o menos, la que se realiza en mi cerebro cuando quiero escribir».

«Mis manuscritos, agrega en los «Diálogos», llenos de tachas, de borrones, indescifrables, comprueban el esfuerzo que me han costado. No hay uno que no me haya sido necesario transcribir cuatro o cinco veces antes de darlo a la imprenta». Esta dificultad para escribir alcanza también el género epistolar del cual jamás, según él, pudo tomar el tono, y cuyo ejercicio le causaba suplicio.

Esta pretendida incapacidad para pensar rápidamente y para escribir le hizo odiar también, siempre según él, la conversación. Dice que en un círculo de personas o en presencia de un simple interlocutor, se sentía intimidado. La turbación agravaba su incapacidad de entendimiento, al extremo de privarlo del «talento de la conversación», aptitud tan apreciada en su siglo. «Es bastante que sea necesario que yo hable, afirma, para que infaliblemente diga una tontería». Y agrega con cómico mal humor: «Lo que hay de fatal en esto es que, en lugar de saber callar cuando nada tengo que decir, sin duda para pagar cuanto antes mi deuda, experimento el furor de querer hablar... Queriendo vencer u ocultar mi ineptitud, rara vez dejo de mostrarla».

Este hombre que se queja de dificultad para pensar, es el que con su pensamiento conmovió a su siglo y preparó la revolución que hizo presa de la sociedad primero, de las almas después, para prolongarse casi hasta nuestros días. Este hombre que se queja de dificultad para escribir, fué quien llenó millares y millares de páginas con su estilo denso y desordenado pero terriblemente plástico; quien, al decir de Sainte Beuve, es «el escritor que hizo progresar más la lengua francesa, o el que al menos le hizo experimentar la más grande revolución producida después de Pascal». Este hombre que se queja de su ineptitud para cultivar el género epistolar, es Saint-Preux, el desmelenado, torrentoso y multiforme corresponsal de la «*Héloïse*», el que se carteo con todos los personajes de su época y cuya correspondencia llena ya veinte volúmenes sin que haya sido publicada toda ella. Este hombre, por fin, que se queja de falta de ingenio para conversar, es Juan Jacobo, el fascinante Juan Jacobo, el amigo y protegido de Madame Warren y de Madame d'Epinau, el hombre de *Les Charmettes* y de *L'Hermitage* el amigo de Voltaire, de Diderot, de Grimm, de Hume, de Saint-Lambert; el «solitario» que pasó por los salones del siglo XVIII despertando la curiosidad, la ad-

No ha habido muchos hombres que hayan pensado, escrito y hablado tanto como él; la filosofía, la religión, la política, la sociología, la economía, la administración, la educación, la literatura en todos sus géneros, las artes en todas sus ramas, se hallan tratadas en sus libros y escritos. ¿Sobre qué sector de conocimientos, sobre qué esfera de la literatura y del arte no planeó este espíritu universal? Amiel, «Diario Intimo»: «Rousseau es predecesor en todo: creó el viaje a pie antes de Töppfer; el ensueño antes de René; la botánica literaria antes de Jorge Sand; el culto de la naturaleza antes de Bernardin de Saint-Pierre; la teoría democrática antes de la Revolución de 1789; la discusión política y la discusión teológica antes de Mirabeau y de Renán; le pedagogía antes de Pestalozzi; la pintura de los Alpes antes de Saussure; ha puesto de moda la música y despertado el gusto de las confesiones; ha hecho un nuevo estilo francés». Y agregamos nosotros: como si el lenguaje oral y escrito fuera poco para él, usó también el lenguaje musical, y para ello inventó una nueva notación y creó una técnica personal, y se adelantó a «la música del porvenir» al lograr en sus óperas la perfecta correspondencia fonética entre la letra y la música. El hombre que realizó esta obra gigantesca y de quien se dicen todas estas cosas, es quien confiesa haber sufrido incapacidad de entendimiento y quien exclama con amargura: «*N'étant pas un sot, j'ai cependant souvent passé pour l'être, meme chez les gens en état de bien juger*».



Esta página de la autobiografía de Juan Jacobo, como muchas otras, no corresponde, seguramente, a la realidad. En esto, como en todo, el escritor da muestra de su ambición desordenada y de su orgullo; porque de haber gozado de mayor potencia creadora de la que gozó, ¿adónde habría llegado su genio? ¿Qué cosas habría realizado? ¿Qué palabras habría escuchado el mundo? ¿Qué ideas y concepciones habría entregado a la controversia de los hombres? Es preciso no olvidar, y es él mismo quien nos lo recuerda, que «su mala cabeza» no lograba someterse a las cosas reales y necesitaba de las cosas imaginarias para crear. «Si quiero pintar la primavera, dice, es necesario que sea invierno; si quiero describir un hermoso paisaje es necesario que me halle cercado de muros; y he dicho cien veces que si alguna vez me llevan a la Bastilla, haré entonces el cuadro de la libertad».

En estas palabras está todo Juan Jacobo y ellas revelan el origen psicológico de su gusto por la paradoja. Así se explica que él que no quería que las miserias de su vida fuesen objeto de diversión

para nadie, confió, sin embargo al público, hasta sus más secretas intimidades. En las «Confesiones», en los «Diálogos», en las novelas, en los ensayos y tratados, en la correspondencia, en las notas, apuntes y aclaraciones, en todo cuanto escribió, se advierte su necesidad de confidencia, su perpétuo estado de confesión, que no se detenía ni ante las mayores locuras y absurdos, pues con ello creía lograr, sin duda, su ambición de ser el pintor de la naturaleza y el historiador del corazón humano. Así se explica que él que conoció el amor, la amistad, la fortuna, la gloria; él que fué mimado y adulado por grandes y pequeños, haya hecho de su vida una epopeya de dolor y desventura y se haya exhibido ante sus contemporáneos y ante la posteridad como perpétua víctima de la injusticia y de las pasiones de los hombres. Así se explica que este hijo legítimo y predilecto de un siglo escéptico y ateo, de quién Diderot dijo que se vió siempre «ballotté de l'athéisme au baptême des cloches», arremetiese contra la filosofía enciclopedista y se abroquelara en el espiritualismo y aún en el cristianismo para defenderse del ateísmo de Diderot, del sensualismo de Condillac, Tracy y Cavany, del escepticismo de d'Alembert, de la incredulidad de Holbach, del materialismo, en fin, desprecupado y libertino de Voltaire. Así se explica que este enciclopedista y tráfuga de la Enciclopedia conservase una sensibilidad religiosa capaz de exaltaciones que lo llevaron, por sucesivos episodios, a veces un poco convulsivos, del protestantismo al catolicismo, con largos interregnos de duda esencial en que profesó una especie de pragmatismo humanitario que el pretendía hermanar con el cristianismo primitivo.



La vida religiosa de Juan Jacobo es un conjunto de paradojas. Lo llevaron a la Bastilla y no fué precisamente el cuadro de la libertad el que allí trazó como lo había anunciado. Se entregó más bien a reflexiones filosóficas, cuasi religiosas por no decir místicas. Pierre Maurice Masson estudió las crisis religiosas de este espíritu contradictorio que se desarrollaron dentro de un concepto egocéntrico. «En el Paraíso de Juan Jacobo, dice, Dios mismo desaparecería discretamente para dejar solo a Juan Jacobo». Es un original creyente éste que la da contra la filosofía incrédula de su época pero usa de sus argumentos para atacar los milagros; que declara que los Evangelios no han podido salir de manos humanas, pero que duda de la Revelación; que teme al Infierno y creyéndose en peligro de muerte hace profesión de fe escrita; que abjura en 1745 la religión católica que había abrazado en 1728. ¿Qué había en el fondo de este espíritu? Jules Lemaitre llega a la conclusión de que su «acento» es mas bien católico que protestante. Masson le reconoce un catoli-

como «*accotumences*». Del balance de sus negaciones y afirmaciones, de sus dudas y contradicciones, surge una vaga religión sentimental, cosa de sensibilidad y de ensueño, dulce arrobamiento místico, pero falto de disciplina y carente de entendimiento y de dogmática. Con todo, no puede menos de mirarse con simpatía a este filósofo que, colocado en medio de un siglo incrédulo y libertino que confundió la religión y la filosofía con las matemáticas y las ciencias naturales, que negó y se burló de la moral, confesó siempre su fe en Dios, aconsejó la perseverancia y proclamó, con la virtualidad de la religión cristiana, el triunfo del espíritu sobre la materia.



Hay dos Juan Jacobo: uno el verdadero, que habitó la tierra, ciudadano de Ginebra, vecino de París, huésped de les *Charmettes* y *l'Hermitage*, viajero ante el Eterno, pensador y escritor extraordinario que llenó su siglo con su obra y cuya influencia permaneció y permanece más allá de la muerte y del tiempo. Sainte Beuve dijo que los hombres de su generación, antes de ser los hijos muy indignos del noble René, son, con mayor seguridad, los nieto de burgués Rousseau. El linaje no se ha extinguido aún y los descendientes espirituales de aquél siguen siendo legión. El otro Juan Jacobo fué un ser incomprendible y absurdo, perseguido de Dios y de los hombres, protagonista de los más bizarros dramas, habitante de otro mundo, fruto de la frenética imaginación y de la exaltada sensibilidad del penitente de las «*Confesiones*» que, no obstante ser un ente de razón, una creación quimérica, ha dejado también sobre la tierra una larga y triste descendencia.